

## ¿“SESENTA Y OCHO OBRERO EN EL CONO SUR”? CRISIS, HUELGAS Y RADICALIZACIÓN EN ARGENTINA Y CHILE, 1964 - 1970\*

“WORKING CLASS SIXTY-EIGHT IN THE SOUTH CONE”? CRISIS, STRIKES AND RADICALIZATION IN ARGENTINA AND CHILE, 1964 – 1970.

DR. LUIS THIELEMANN\*\*  
Universidad Finis Terrae  
Chile  
Email: lthielemann@uft.cl  
Id-ORCID:0000-0003-4666-2491

### RESUMEN

Con base en la bibliografía disponible, el artículo se pregunta por las formas de la revuelta obrera global de 1968, en Chile y Argentina. Se revisa primero el estancamiento y crisis del modelo económico “desarrollista”, como parte de una crisis capitalista global que anunciaron las revueltas del “sesenta y ocho”. Luego, se analiza el ascenso huelguista y sus determinantes comunes a ambos lados de Los Andes, evidenciando las coincidencias regionales.

Por último, se analiza la radicalización obrera regional en el período, con foco específico en las actitudes clasistas y autónomas del movimiento obrero. Se propone que es posible identificar un “sesenta y ocho en el Cono Sur”, si se asume que el análisis histórico del proceso general de revuelta

### ABSTRACT

Based on the available literature, the paper develops the question about the 1968 global workers' revolt, in Chile and Argentina. First, the stagnation and crisis of the “desarrollista” economic model is reviewed, as part of a global capitalist crisis that announced the revolts of “sixty-eight”.

Then, the striking rise and its common determinants on both sides of the Andes are analyzed, showing the regional coincidences. Finally, the radicalization of the regional workers in the period is analyzed, with a specific focus on the classist and autonomous attitudes of the workers' movement.

It is proposed that it is possible to identify a “sixty-eight in the Southern Cone,” assuming that the historical analysis of the general labor revolt

---

\* Recibido: 18 de febrero de 2019; Aceptado: 25 de marzo 2019.

\*\* Artículo científico. Este artículo fue realizado en el Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín, gracias a la beca de investigación postdoctoral del Servicio de Intercambio Académico del Gobierno de Alemania (DAAD)

obrero de los largos sesenta globales, no puede ser limitado únicamente a un mes, un año y a un país.

**Palabras clave:** Sesenta y ocho global; sesentas globales; cono sur; movimiento obrero

process of the long global sixties cannot be limited to only one month, one year and one country.

**Keywords:** Global Sixty-eight; Global Sixties; Southern Cone; Workers' Movement

**Cómo citar:** Thielemann, Luis. (2019). “¿“Sesenta y Ocho Obrero en el Cono Sur”? Crisis”. *Revista Historia Social y de las Mentalidades*, 23(1), 77-104. <https://doi.org/10.35588/rhsm.v23i1.3760>

## 1. INTRODUCCIÓN

Los diversos procesos de revueltas y conflictos sociales ocurridos hacia fines de la década de 1960, han sido identificados tradicionalmente con su evento más espectacular: los hechos parisinos de mayo de 1968. Desde hace ya algún tiempo, esta situación ha comenzado a cambiar. En los estudios respectivos se comenzó a poner atención a la globalidad de los hechos de 1968, y, por ende, a sus determinantes más generales, alejándose de la experiencia específica de los estudiantes de París<sup>1</sup>. Así, “el 68” se elevó por sobre la denominación de un año (o incluso un mes, mayo), para establecer un período completo de luchas sociales. Desde la observación de lo común que resultaban aparentes especificidades, como el “largo 68 italiano” (Edwards y ebrary; Wright), se dio paso a conceptos-períodos como el de los “largos años sesenta” (Varon et al.) o “1960 global” (Mohandesi et al.). Recientemente, los investigadores de América Latina, alejándose de la permanente centralidad que han tenido los golpes de estado y las dictaduras en el análisis de la segunda mitad del siglo XX, y haciendo eco de los recientes debates y tendencias en la historia del trabajo y los movimientos obreros<sup>2</sup>, han puesto atención en la específica inestabilidad política y movilización popular ocurrida en la larga década de 1960, puntualmente respecto de la región denominada “Cono Sur”, es decir, el conjunto de países del extremo sur del continente (Marchesi; Olmedo C. y Thielemann H.; Palieraki, In arms' way).

Por otra parte, las tendencias dominantes en las últimas décadas en el estudio de las luchas sociales –principalmente las teorías de los “nuevos movimientos sociales”–, han manifestado un abandono de los temas de lucha

---

1 Ver Garí et al.; Seidman y Pérez Pérez; entre otros.

2 Por ejemplo, ver el debate iniciado por el texto de Marcel Van der Linden, en que para nuestros fines destaca la respuesta crítica de Franco Barchiesi. (Linden; Barchiesi).

obrero, y una centralidad en la acción social hilvanada por las identidades. En lo relativo al movimiento obrero de la década de 1960, el enfoque ha preferido tanto la especificidad subjetiva imposible de generalizar, como los determinantes híper generales que impiden leer los relieves del pasado. De esta forma, los procesos de radicalización, en los que la subjetividad colectiva va tanteando sus límites y descubriendo sus posibilidades políticas de reforma profunda, se ven ocultos en ciertos estudios, a través del allanamiento de su imagen con el uso de categorías estáticas, ahistóricas, y de una forzada universalidad. Por esa vía, se restaura el estructuralismo conservador en las ciencias sociales, en que no existe una teorización que se abra a considerar el protagonismo en los acontecimientos y procesos de grupos sociales subalternos y politizados<sup>3</sup>. Si bien desde fines de la década de 1970, con los estudios pioneros de Balvé, Jelin, James, Zapata, Cancino (Balvé et al.; Jelin; James, *Resistencia e integración*; Zapata, *Las relaciones*; Cancino), entre algunos pocos más, y hasta mediados de los años 1990, hubo cierta reactivación de los estudios sobre el protagonismo y politización obrera y popular en la crisis del pacto social desarrollista en los largos años sesenta, especialmente en el Río de la Plata, desde entonces el interés por dichos temas ha disminuido notoriamente, salvo algunas importantes novedades<sup>4</sup>. Por tanto, a pesar de lo indicado en el párrafo anterior, la historiografía sigue al debe respecto de la necesidad de comprender los procesos de luchas de clases en la larga década de 1960, sin caer en ninguno de los dos precipicios teóricos de la cuestión: su subordinación acrítica y colonizada a los largos sesenta europeos, o la negación de cualquier generalidad –regional o social- en nombre de resaltar la especificidad subjetiva de los hechos.

Jacques Kergoat definió el “68 obrero” francés como una serie de revueltas obreras, masivas, y protagonizadas por la base, en las cuales el único hilo conductor era que en cada fábrica y en cada sección, la huelga se convirtió en un “ajuste de cuentas pendientes” de toda la década anterior (Kergoat). Dicha concepción es útil para describir los hechos del período en el Cono Sur. Más allá de las estrategias explícitas de las direcciones obreras, resalta una actitud belicosa e irresponsable de las bases obreras, dispuestas al conflicto por más salario y menos trabajo, y que, en una fulminante radicalización durante la segunda mitad de la década de 1960, se lanzó a una ofensiva que, a partir de reivindicaciones básicas y concretas, fue “descubriendo” la política y tomando

3 Por ejemplo, ver el debate iniciado por el texto de Marcel Van der Linden, en que para nuestros fines destaca la respuesta crítica de Franco Barchiesi. (Linden; Barchiesi).

4 Si bien estos trabajos serán referenciados más adelante, destacan por su referencialidad, Torre, *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*; Gaudichaud.

ribetes abiertamente clasistas y revolucionarios. Para mediados de la década siguiente, la mayoría de esos avances estaban derrotados, por la política formal, primero, y por las dictaduras militares, después. En lo que sigue, se trata la radicalización del movimiento obrero en Argentina y Chile, entre las ofensivas paralelas de ambos movimientos obreros desde 1964 y el paso a un nuevo nivel de luchas, con la llegada de Allende al gobierno en Chile, y la caída de Onganía en Argentina, ambos hechos ocurridos en 1970. Se hace a partir de la bibliografía disponible sobre el tema, relevando datos históricos que han sido observados y narrados con foco nacional, en una clave de lectura regional y con marcos globales de análisis. Si bien la comparación entre los procesos políticos vividos por el movimiento obrero de cada país es inevitable, se trata de avanzar en la proposición de síntesis. Aunque no parece haber registros de relaciones o redes profundas entre ambos movimientos, es posible advertir cierta referencialidad mutua. Sobre todo, es posible advertir prácticas y desarrollos políticos comunes, al parecer determinados por la similar situación de ciertas franjas obreras en la región, marcada por la crisis del proyecto de industrialización sustitutiva y la fractura de las relaciones entre Estado, patrones y sindicatos constituidas en el denominado período desarrollista. Así, el artículo no busca sino abrir perspectivas para una historia del “Sesenta y ocho en el sur”, con foco en el movimiento obrero. De esta forma, se afirma que los procesos de crisis estatal y radicalización en el Cono Sur tuvieron en la larga década de 1960 una relación más allá de la segunda como mera reacción a la primera. Se propone que la radicalización obrera en el Cono Sur fue la forma en que el movimiento obrero asumió la crisis del pacto desarrollista al oriente y al occidente del cordón sur de Los Andes, especialmente marcado por la inflación y el estancamiento salarial. En ese proceso, los obreros de la región y sus franjas organizadas “descubrieron” -o bien, “legitimaron”- objetivos clasistas de transformación social.

El texto se divide en tres partes, en que se ensayan formas de responder a la pregunta por la existencia o no de un específico período de revuelta obrera hacia fines de la década de 1960, y en formas similares a aquellas movilizaciones obreras en todo occidente en torno al año 1968, para así avalar la existencia de un “Sesenta y ocho obrero en el Cono Sur”. La primera se enfoca en la crisis regional del modelo desarrollista como una crisis del pacto social; cuyas marcas están en la represión, la inflación y los intentos desde los propietarios por la “racionalización” del proceso de trabajo, destacando en tal crisis la incapacidad del orden político para procesar dicha crisis. En una segunda parte, se aborda la acción del movimiento obrero ante la crisis general de la región, poniendo atención a política interna, su posición frente a las ofensivas del Estado para cooptarlos y a las resistencias huelguistas que desataron durante la década de 1960. Por último, se pone atención a las formas y

límites de las acciones de perfil insurreccional y de autonomía de clase que llevó a cabo el movimiento obrero en el período, intentando una aproximación a los relieves finos de la radicalización obrera en el período.

## **2. EL CONO SUR EN LOS LARGOS AÑOS 60: CRISIS DEL “DESARROLLISMO” Y MOVILIZACIÓN POPULAR**

El modelo desarrollista en el Cono Sur, como proyecto económico en marcha y como idea de orden social, mostraba sus primeros signos de lo que luego sería su crisis hacia fines de los años 1950. Tal y como ha indicado Francisco Zapata, el modelo fue el ideario promovido por la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL) y que le confirió “racionalidad” a acciones desde los Estados que en varios países del continente ya estaban siendo llevadas a cabo desde las primeras décadas del siglo. Estas ideas se volvieron hegemónicas tras la crisis de 1929, que había visibilizado lo voluble de la base en la producción primaria de la economía regional. En general, en Argentina y Chile. El modelo implicó una fuerte inversión desde el Estado y de empresarios amparados por éste, buscando basar el dinamismo económico en el mercado interno. Se crean así instituciones, como la CORFO en Chile, que permiten viabilizar los recursos públicos y privados y dirigirlos a las áreas prioritarias, como la electricidad, la siderurgia o el petróleo, para luego promover una industrialización centrada en producir manufacturas que fuesen sustituyendo a las costosas importaciones de bienes de consumo. Es por ello que, dicho modelo y al polo industrial que desarrolló, se le denominó de “sustitutivo” (Zapata, El Desarrollismo). No es este el espacio para un análisis del período desarrollista en el Cono Sur, pues este escrito busca sugerir los elementos comunes y comparables y, en ese sentido, tres aspectos deben ser relevados. Primero, el carácter social del desarrollismo, el cuál funcionó conteniendo las tensiones de la lucha de clases en una serie de mediaciones estatales y garantías tanto al trabajo como al capital, las mismas que se mostraron en crisis como expresión del agotamiento general. En segundo término, la importancia de la inflación como expresión de los límites de la industrialización sustitutiva, y su función en la radicalización del movimiento obrero. En tercer término, el intento de “racionalización” de la producción industrial, de su modernización intensiva, en específico, significó la aplicación de medidas “tayloristas” en las fábricas más modernas, como punto principal de ruptura del “pacto social” sostén del desarrollismo.

El sueño modelado de un desarrollo industrial del continente tuvo una expresión en la pacificación de la lucha de clases. El pacto social que hizo posible la realización de la vocación desarrollista en su período de alza

(c.1935 – c.1955) era la alianza determinada por el debilitamiento oligárquico y el aumento numérico y de participación salarial de la clase obrera y los grupos medios. Mientras creció el producto interno bruto y la economía interna se fortaleció, también creció el excedente a distribuir. Los empresarios locales ganaban en la medida que mantenían mercados cautivos con industrias de bajo costo y con muchas regalías fiscales; los obreros aumentaban su número, poder negociador y participación salarial, por su parte, el rol central del Estado implicó su abultamiento en número de trabajadores y en plazas laborales para profesionales y técnicos, lo cual fortalecía en número e incidencia a las capas medias. A su vez, desde la segunda década del siglo y con mayor énfasis desde la de 1940, los gobiernos de ambos países –y en general el sistema político mientras fue democrático- estuvieron sostenidos por alianzas con base obrera y también en sectores medios del Estado, y en concordancia con los objetivos de lo que se empezó a denominar como “burguesía nacional”. Es por ello que hubo una relativa paz social en la década de 1940, la misma que fue declinando en la medida que se avanzó hacia las primeras crisis agudas de la estructura sustitutiva, a mediados de la década de 1950 (Faletto; Faletto y Ruiz; Zapata, Las relaciones; Torre, Ensayos; James, Resistencia e integración).

Desde el tercer cuarto del siglo pasado, la tensión en las bases de alianza social del desarrollismo en el Cono Sur se fue desgastando, dando cuenta de problemas que, a pesar de ciertas mejoras coyunturales, eran difíciles de solucionar. Ya desde mediados de la década de 1950 la necesidad de una nueva fase de la industrialización era notoria, pero también lo era la carencia de recursos económicos, institucionales y políticos para un nuevo impulso. El producto interno bruto de Argentina apenas crecía desde fines de la década de 1950. Mientras el producto promedio de los países más avanzados del continente americano había crecido en un 33% en el tercer cuarto del siglo pasado, el de Argentina apenas llegaba al 8,6%. El valor en dólares del intercambio internacional total aumentó en promedio un 75%, en la Argentina en dicho período el mismo indicador se mantuvo “virtualmente estancado”. Así, si bien la década de 1963 a 1973 se considera exitosa, ya hacia 1970 la economía se deterioró fuertemente, dándole razón a los indicios visibles en las luchas sociales de la época (Gerchunoff y Llach 242 y ss.). En Chile, por su parte, la situación no estuvo mejor: el PGB de la década de 1960 se mantuvo en general bajo el 5%, lo que denotaba escaso dinamismo (Díaz Bahamonde et al.). Si bien en ambos países la inversión industrial se fue apagando, y los empresarios tendían a optar por lo cautivo de sus mercados, a la vez que por segmentos pequeños y más ricos para los cuales se producían bienes suntuarios de lujo o cuyo precio estaba sobre el promedio; se presentaron diferencias en este estancamiento. En



Argentina, la inversión industrial mantuvo un mayor peso que en Chile, e incluso se desarrolló el músculo capitalista de avanzada más importante de la época, la industria de automóviles. Pero como veremos, en ambos países fue precisamente en esta industria más moderna, donde se desarrolló con mayor fuerza una clase obrera más extraña a los consensos tradicionales del pacto desarrollista.

¿Cómo afectó esta situación a los obreros de la región? Tanto el principal síntoma del estancamiento económico del Cono Sur en la época, es decir la inflación galopante desde mediados de la década de 1950, como su principal intento de reforma, o sea, la modernización productiva en la base (o políticas “tayloristas”), fueron determinantes en la nueva actitud belicosa de crecientes franjas de obreros. Lejos de traer calma, avivaron más aun el fuego de la lucha de clases, derruyendo algunos cimientos de la alianza social que sostenía el modelo, como, por ejemplo, la idea según la cual la estabilidad económica nacional era un bien superior.

Puntualmente, la inflación asfixiaba la vida cotidiana de la clase obrera en sus entradas y egresos. En primer término, la baja real de los salarios desde comienzos de la década de 1950, con algunas breves alzas entremedio, era un hecho a ambos lados de los Andes. En Argentina, la tendencia de la baja salarial empezó en la segunda parte del gobierno de Perón, y expresó en su momento algunas fricciones entre el líder y la CGT. Durante la década de 1960 mantuvo periodos de alza intercalados con periodos a la baja, lo cual, como se verá, está fuertemente determinado por la acción del movimiento obrero por fuera de una política que estaba prohibida. Tales alzas y bajas no nos muestran sino el grado de tensión salarial de la década.

Luego de 1970, y salvo un breve período entre 1974 y 1976, los salarios continuaron a la baja (Kornblihtt et al.). En Chile, fueron ajustados a un ritmo brutal entre 1955 y 1958. Durante los años sesentas, los salarios no manifestaron grandes bajas o alzas, pero al igual que en el caso argentino, se debió a que hasta 1970 (y también después) fueron la centralidad de la lucha obrera, sobre todo desde que en 1956 el gobierno de Ibáñez eliminó el ajuste automático de salarios. En 1970, Allende, al llegar al poder tuvo entre sus primeras acciones un alza salarial importante, pero no más que la que consiguieron los obreros contra la voluntad de Frei en 1965 (Díaz Bahamonde et al.). Así las cosas, los salarios más que determinados por equilibrios económicos, como buscaban que se impusiera desde las clases propietarias y desde el Estado, se definían según la agudeza de la lucha obrera y la capacidad de respuesta de los Gobiernos. Más que un problema económico, se volvieron un problema político. En segundo término, pero de forma muy relacionada, la inflación eleva los precios de los bienes y servicios, haciendo cotidianamente real los guarismos de baja en los salarios. En Argentina, el alza de los precios básicos era veloz y terminaba siempre por

hacer invisibles los éxitos económicos de la década de 1963 a 1973. En Chile, en donde las necesidades sociales mínimas estaban lejos de estar satisfechas por el acceso al trabajo o garantizadas por el Estado, el alza de los bienes y servicios tenía un impacto directo en las condiciones de reproducción de las familias. Durante el siglo XX, casi todas las grandes manifestaciones populares tuvieron que ver con el alza de precios de los alimentos, combustibles o transporte (o todas juntas). Desde la revuelta de abril de 1957, la rudeza del enfrentamiento salarial estaba determinada por el alza de los bienes y servicios, pero también porque el movimiento obrero se veía fortalecido por su ensanche con una serie de sujetos que no podían luchar en el momento de la producción, pero sí en el del consumo: estudiantes, amas de casa, cesantes, lumpen, entre otros.

Con los intentos tayloristas ocurrió algo similar. La búsqueda por la modernización de la producción básica de la industria sustitutiva, así como saltar a la denominada segunda fase, centrada en maquinaria pesada y en general en producción de bienes de capital, chocó con varios obstáculos vivos en la región. Primero, con una cultura empresarial acostumbrada a los subsidios y el rentismo, luego, con una escasa especialización en la masa obrera para la modernización que se buscó, y, lo que importa resaltar acá, un fuerte movimiento obrero reacio a la vigilancia y a otras mediciones que no fueran las de fuerza. Así, en ambos países se enfrentó hacia fines de la década de 1960, una economía trabada políticamente, y por ende productivamente, por los actores que la sostenían. Aquello no era sino la apertura de una crisis en las relaciones sociales entre clases y en el Estado, tanto a nivel político como al interior de los establecimientos. Como se ha estudiado, los intentos de “racionalización productiva” o de taylorización en las fábricas más modernas de ambos países, emprendidos en la década tratada, como método de ampliar la productividad intensificando la exigencia al trabajador, pero desatendiendo la inversión en nueva maquinaria o en mejores condiciones laborales, fueron resistidos con fuerza por los obreros (James, Resistencia e integración 305-6; Winn; Thielemann, La rudeza pagana). En dicha oposición a la intensificación de la explotación se encuentra una experiencia importante de la radicalización de los obreros más jóvenes, como veremos en los casos de las fábricas más modernas de Santiago y Concepción, en Chile; y en Córdoba, Rosario y Buenos Aires, en Argentina.

Los equilibrios políticos del desarrollismo también entraron en crisis. En Argentina, desde octubre de 1963, gobernaba el país Arturo Illia, del mesocrático y centrista partido Unión Cívica Radical. En unas elecciones de salida de una dictadura militar breve (José María Guido, 1962 - 1963), Illia obtuvo la primera mayoría, seguido de cerca por un 18% de voto en blanco, promovido por el proscrito peronismo. En los años de Illia, y según varios autores, comenzó una



de las décadas económicas más exitosas del siglo de historia argentina. Esta beneficiosa situación se vio jalonada por la fuerte expansión de la economía global, pero también por algunos factores internos (Gerchunoff y Llach; Rapoport). De todas formas, y como veremos, la inflación y los límites alcanzados por el despliegue de la industria sustitutiva, a su vez que una cada vez mayor experiencia de ciertas franjas del movimiento obrero en autonomía de Perón, y de relación directa e inmediata con el Estado (en resistencia, en integración o ambas a la vez (James, Resistencia e integración), fueron minando la legitimidad del gobierno de Illia. Así, entre 1964 y 1966, se produjo una ofensiva obrera programada el plan de lucha de 1963 de la Confederación General del Trabajo (CGT), la gran central obrera de Argentina, que no terminó sino poco antes del golpe de estado de 1966. Hacia la segunda mitad de la década, el pacto social del desarrollismo era cada vez menos realizable, principalmente debido a que el único actor político era la cúpula militar de Onganía.

En Chile, por su parte, la situación, si bien distinta, presentaba ciertas similitudes. El país, desde 1964, estaba gobernado por el demócrata cristiano Eduardo Frei Montalva, con una mayoría absoluta gracias al voto de la derecha que temía el triunfo de la izquierda marxista con Allende, quien obtuvo el 38,9% de los votos. Además, Frei, desde 1965, gozaba de mayoría parlamentaria, y hasta fines de su gobierno, con buenos indicadores económicos, aunque al igual que en Argentina, encontrándose con los límites del modelo (Pinto y Salazar 39-41). Con esas bases, intentó un gobierno de reformas, centrista, identificado en las capas medias, pero con una creciente ofensiva a desbancar las dirigencias de izquierda en el campo obrero. Al igual que en Argentina, sus intentos de reforma se toparon con una resistencia obrera que fue elevando el grado del enfrentamiento a niveles no antes vistos, así como con una incontrolable inflación. Desde el comienzo mismo del gobierno de Frei, las presiones empresariales por mejores condiciones para la ganancia, chocaban con la demanda obrera por mayores salarios, demanda ya abiertamente “irresponsable del interés nacional”, según el gobierno. En la década más revuelta de la segunda mitad del siglo XX, la alianza de clases que sostuvo el origen del modelo desarrollista estaba fuertemente agrietada, tanto por una crecientemente politizada presión obrera por el salario, como por la crisis misma de las bases económicas del desarrollismo.

La historiografía sobre la crisis del desarrollismo es bastante extensa, centrándose principalmente en las Dictaduras y los partidos. Las formas en que el movimiento obrero procesó y deliberó sobre la misma, dan cuenta de similares acciones, con lógicas especificidades y diferencias, ante la crisis, en una síntesis que podemos hoy observar en los estudios y que acá tratamos de definir en su perfil más grueso. De esta forma, y como se verá a continuación, el movimiento

obrero se vio enfrentado en ambos países del Cono Sur a condiciones más o menos generales de agotamiento del orden productivo desarrollista. Estas condiciones, a su vez, tuvieron contacto directo con las condiciones de vida de la clase obrera de formas coincidentes. La baja del salario, el aumento de los precios de bienes y servicios básicos, y una descomposición acelerada de las mediaciones políticas del orden social “desarrollista”. Ante tal situación, el movimiento obrero, sobre todo a nivel de bases o dirigencias intermedias, respondió con una actitud osada y crecientemente confrontacional, marcada por el plan de lucha de 1963-65 en Argentina y la lucha salarial de 1965 en Chile. Luego de esos años comenzó una breve calma producida principalmente por la represión con que respondieron ambos gobiernos, la que fue nuevamente rota por un realce en la lucha obrera, ahora combinada con asonadas populares que abrieron los frentes de crisis del pacto social hacia fines de la década de 1960.

### 3. HUELGAS Y MOVILIZACIÓN OBRERA EN ARGENTINA Y CHILE, 1964 – 1970

La historiografía relativa al tema nos muestra que las tendencias más gruesas de la política obrera de aquellos años también se vieron modificadas por los cambios en las relaciones con el Estado. El desarrollismo en crisis tuvo su propio sistema de relaciones laborales, marcado por la conflictividad más por los acuerdos. Debido a la legislación laboral, la inmensa mayoría de los trabajadores asalariados argentinos se encontraba enrolado en algún sindicato, el cual, a su vez, participaba en la Confederación General del Trabajo (CGT). De esta forma, la representatividad numérica de la CGT estaba asegurada. Pero desde 1955 en adelante, con el derrocamiento del peronismo en el Gobierno y su incapacidad de resistir la embestida militar, se advierte una división del movimiento obrero argentino en tres tendencias: negociadores, participacionistas y combativos.

Los primeros, mantenían la tesis de que la CGT debía negociar con el Estado, aunque Perón no estuviera gobernando, y para que ello fuera posible, la central debía maniobrar calculando con delicadeza la mezcla de conflictividad y acuerdo con el Estado y los grupos propietarios, incluso frente a los militares. Los participacionistas, luego de 1966, aparecen como el grupo dispuesto a negociar con la Dictadura de Onganía y su plan de “revolución argentina”, para así estabilizar la economía y el orden político en Argentina en una nueva clave post-peronista.

Por último, los combativos eran aquellos grupos peronistas, pero también cercanos a los sectores más obreristas e izquierdistas, que estaban por una resistencia permanente a los gobiernos no-peronistas, y por una ofensiva obrera contra el orden capitalista en el país (Camarero). Las tendencias de Vandor,

líder de los negociadores, y aquella surgida luego de 1966, ante la invitación a participar del gobierno hecha por la Dictadura, en tanto deslindes de grupos del movimiento obrero hacia la empatía política con el capitalismo (por ejemplo, las “32 organizaciones” opositoras a las “62 organizaciones” peronistas), responden a momentos coyunturales como la dictadura desde 1966, pero también a vectores más largos, como la permanencia de una tendencia sindicalista revolucionaria en el seno del movimiento obrero. Y es que en la base peronista del movimiento sindical (por ejemplo, el conflicto entre Alonso y Vandor que dominó la segunda mitad de la década de 1960), siempre hay una fracción importante que mantiene la preeminencia del interés obrero insubordinada al interés político —o del líder exiliado en Madrid— que defiende el peronismo oficialmente. De esta forma, muchas de las tensiones en el movimiento obrero tenían que ver con esta autonomía política de ciertas franjas del movimiento obrero y su distancia con las necesidades políticas cúpula sindical de la CGT. Esta condición era además independiente de si tales franjas aparecían a la derecha o a la izquierda de tales liderazgos (Balvé 27-28). Así, la pérdida de control por parte de la dirección política del peronismo de la alianza social que conducía a la mayoría real del movimiento obrero entre 1955 y 1973, le permitía una hegemonía ideológica pero no política, la que se deshacía finalmente en un desorden dirigente que impedía la acción conjunta en la lucha por el poder. Esto se hizo evidente en un primer momento a fines de la década de 1960, sobre todo en el interior del país (Córdoba y Rosario, por ejemplo) y en las fábricas más modernas, para luego crecer en las zonas industriales del Gran Buenos Aires. Así, en el camino al “largo 68” en el sur, el sindicalismo argentino no estaba del todo unificado, y la CGT se quebró ante las tensiones políticas surgidas de la nueva necesidad de combatir que surge de la represión e intento de cooptación desatado por el onganariato (Balvé; Dawyd, *El sindicalismo peronista*). Paradojalmente, esta situación le dio mayor importancia política y libertad de movimiento a los grupos más radicalizados.

En Chile, en cambio, si bien el sindicalismo estaba unificado en la Central Única de Trabajadores (CUT) desde su fundación en 1953, ésta no estaba reconocida por el Estado y sus líderes estaban a la interperie legal frente a la represión<sup>5</sup>. De esta forma, su representación fue bastante discutida y puesta en duda desde entonces. A pesar de ello, según los cálculos más conocidos y aceptados, un tercio de la fuerza de trabajo estaba sindicalizada y reconocía bandera en la CUT. Para los fines de este escrito, debemos resaltar que esta cifra

---

5 Recién fue reconocida en 1972, 19 años después de su creación, por el gobierno de Allende, para apenas un año y medio después, ser disuelta por la Dictadura.

esconde el nivel de organización del movimiento obrero en las ciudades y la minería, espacios en donde la tasa de sindicalización nunca era menor al 50% y en algunos casos alcanzaba el 95% (por ejemplo, en la minería del carbón, el cobre y en el salitre) (Angell 59-62).

Además, en 1969, se calculó que cerca del 90% de los obreros sindicalizados vivía en, o cerca de, las cuatro ciudades más grandes del país: Santiago, Valparaíso, Concepción o Antofagasta (Angell y Moroni 36). Desde 1958, cuando se terminó la legislación anticomunista en Chile que operaba desde 1948 y que fue utilizada a discreción por el Estado y contra el movimiento obrero, las organizaciones de trabajadores habían tenido fuertes divisiones. Esto se debía a una de las virtudes del movimiento obrero en Chile y que tenía que ver con su independencia política formal; y aunque la hegemonía de los dos partidos marxistas (el PS y el PC) era notoria y abrumadora, en la central también participaron grupos centristas como los del Partido Radical, los demócratacristianos y, en menor medida, trotskistas y anarquistas. Esta tolerancia se vio mermada en 1961, cuando Clotario Blest, fundador y presidente de la CUT, un cristiano de izquierda apartidista y cuya base estaba en los empleados estatales, fue hecho renunciar al carecer de apoyo en la dirección de la central, que contra su voluntad desconvocó a una huelga nacional (Orellana). De ahí en más, el peso marxista oficial en la dirección del movimiento obrero se hizo aún más hegemónico, sobre todo entre los trabajadores mineros y de las industrias, mientras los demás grupos centristas mantenían bases en los empleados fiscales y las organizaciones de profesionales asalariados. Pero esta hegemonía marxista tan evidente en las direcciones opaca ciertas autonomías ante los partidos y rechazos a la política formal que existían en el movimiento obrero. Al igual que en Argentina, la lealtad de los grupos más combativos con las corrientes dominantes del movimiento obrero chileno estaba determinada tanto por una genuinamente aceptada dirección militante, como también porque esas direcciones eran las más dispuestas a liderar el interés obrero hasta las últimas consecuencias y en oposición a todos los gobiernos de la década de 1960 (Thielemann, *La rudeza pagana* 117-19). Eso se hizo evidente cuando, luego de 1970, aparecieron disensos entre ciertas franjas obreras radicalizadas y las direcciones sindicales de partidos de gobierno (Gaudichaud; Cancino).

Como vemos, se constituyen franjas que apoyan o se integran a los sectores más combativos del movimiento obrero, pero que manifiestan también un elevado grado de desconfianza hacia la política, y en dicha mezcla, ofrecen comportamientos de fuerte autonomía de clase, uno de los rasgos más comunes de la radicalización obrera de los hechos del “68”. En Argentina, esto se generó en el encuentro de la vieja militancia obrera con los nuevos trabajadores, los que, si bien se habían formado en una cultura de clase muy peronista, y desde todos

los ángulos muy homogénea, su memoria de los “buenos tiempos” de antes de 1955 estaba construida por la herencia y la leyenda más que por la experiencia (Pozzi y Schneider 22; Torre, Los sindicatos 11-12). Vieja izquierda, peronistas radicalizados y jóvenes obreros masa se conocieron ya distantes de la era dorada, en fábricas donde la composición de clase se producía entre la taylorización, la represión y la lucha obrera de base (Pozzi y Schneider 27). En Chile misma situación se produjo por fuera pero también dentro de los dos grandes partidos marxistas. En el PS y también en la izquierda radical y grupos anarquistas que apoyaban a Blest en la CUT, se mantuvo una corriente radicalizada de izquierda y con fuertes nexos obreros, especialmente entre los sindicatos urbanos más tradicionales, como panaderos, cuero y calzado o trabajadores municipales, pero también entre trabajadores más modernos, como en las textiles de Santiago y el gran Concepción. Estos grupos se encontraron unificados desde 1965 en el MIR, principalmente, pero también en grupos trotskistas o de tendencias más duras dentro del PS, incluso en grupos menos conocidos, pero de importante presencia obrera como el PCR (Álvarez; Palieraki, ¡La revolución ya viene!; Ortega). En ambos lugares destacan estas formas de ascenso obrero, en que parece no haber relaciones políticas u orgánicas, antes de los años más integrados de la izquierda chilena en el concierto latinoamericano, vale decir, luego de 1967 y sobre todo luego de 1970. En la práctica, los obreros respondían a la situación de represión y supresión de ciertas mediaciones políticas con conocimientos que manejaban mejor los militantes de ultraizquierda, desde la táctica del enfrentamiento en la fábrica hasta la caja de herramientas de la violencia política. Lejos de la máquina sindical amparada por el Estado de la década peronista o de los tiempos radicales en Chile, la lucha de base obrera recuperó las formas de los tiempos de ilegalidad y oposición, situación que corroía directamente los cimientos del pacto social desarrollista. Es por ello que podemos hablar no solo de una oleada más de huelgas o de radicalización obrera en la década de 1960, sino también de una forma local específica de un 68 obrero y global, y cuyos elementos comunes se encuentran en las condiciones de trabajo y de relación política con el Estado, las que, trastocadas por razones distintas, permitieron a los obreros abrir una particular fase de conflictividad a ambos lados de los Andes, que contó con características también comunes.

A su vez, estas prácticas comunes y que muestran un perfil de clasismo obrero -como se le llamó explícitamente en Argentina desde la militancia y luego desde la historiografía (Gordillo et al.)-, fueron una reacción a la anuencia mostrada en sectores de las cúpulas sindicales a la oferta de integración y cooptación que venía desde el Estado en la segunda mitad de la década de 1960. Al igual que en lugares como Italia y Francia durante las

revueltas de 1968 y respecto del sindicalismo comunista y socialista, la oleada de lucha obrera de fines de la década en el Cono Sur estuvo marcada por una crítica de las bases movilizadas a la responsabilidad con el Estado y el régimen productivo que mantuvieron las direcciones sindicales.

En Argentina, durante la dictadura de Onganía, desde el gobierno intentaron responsabilizar de los destinos económicos del país al movimiento obrero, lo que contó con el apoyo de buena parte de la oficialidad sindical. En ambos países esta colaboración fue hecha colapsar precisamente por las masivas revueltas obreras y populares de fines de la década. En Argentina, el sindicalismo se dividió, y el “Cordobazo” abrió un período de revueltas y entusiasmo marcado por la movilización de masas populares, la lucha armada, la militancia juvenil y, especialmente, el protagonismo del clasismo en las fábricas. Este protagonismo estaba basado tanto en la posición estratégica en la economía argentina que ocupaban sus bases y sindicatos emblemas, como los del automóvil, como por su referencialidad ante la oposición a la Dictadura, en tanto movimiento obrero autónomo de las distintas versiones del transaccionalismo peronista (Etchemendy; James, Resistencia e integración 287-311). En esto había una condición específica de dichas fábricas modernas: habían sido fundadas después del gobierno de Perón, por lo tanto, el sindicalismo había surgido por fuera de la pesada camisa de fuerza de la burocracia sindical peronista. Los obreros de esos establecimientos protagonizaron el ascenso obrero de 1969 y hasta 1976 (Pozzi y Schneider 30).

En Chile, entre 1964 y 1967 el movimiento obrero defendió su autonomía frente al garrote del salario y a la zanahoria de la cooptación del denominado sindicalismo libre, hasta derrotar la iniciativa de la DC y Frei. Lo hizo principalmente en 1965, cuando la dirección y mayoría de la CUT, los partidos marxistas y los sindicatos de base desoyeron el llamado presidencial a la contención de las demandas salariales por debajo del aumento de la inflación. Con una victoriosa oleada de huelgas que no se detuvo sino con los asesinatos de marzo de 1966 en El Salvador (Cerdeña y Benedetti). En el país del sur, entre 1967 y 1969, suspendida cualquier posibilidad de diálogo de fondo entre el Estado y el movimiento obrero, hubo cierta calma. Pero las revueltas estudiantiles, obreras y campesinas que se arremetieron el último año mencionado solo preanunciaron la oleada de ocupaciones de fábricas y haciendas, en su mayoría con demandas expropiatorias, que marcaría los años de 1970 a 1973 (Thielemann, La rudeza pagana; Yocelvezky, La Democracia Cristiana chilena 306).

Es posible sostener que en ambos países se intentó alejar al movimiento obrero de sus posiciones clasistas, ya fuese en clave marxista o en clave peronista, por la vía de suspenderlo de la política y así integrarlo a la colaboración con la misión estatal. La historiografía coincide en que, contra dicha iniciativa de los



gobiernos de ambos países, la oleada de huelgas acompañadas de movilización popular callejera que respondió a la represión y los intentos de cooptación, significó en general un cambio cualitativo en las formas y objetivos de la movilización, y en la región se puede observar entonces un desborde o superación de las direcciones sindicales y estudiantiles que estuvieron por la colaboración. Contra los deseos de los gobiernos de ambos países, su intento de integrar al sindicalismo terminó en la radicalización de los obreros más moderados, tanto del peronismo negociador en Argentina, como en la izquierdización del frente sindical de la DC en Chile.

Desaparecidos así los canales de mediación político social que existían en los buenos tiempos desarrollistas, y con una oleada huelguista que encontraba en los grupos más radicales los únicos dispuestos a dirigir la lucha de forma irresponsable respecto del mentado “interés nacional” que agitaban los gobernantes, el final de la década de 1960 fue una revuelta obrera y popular marcada por hitos como el Cordobazo en 1969 en Argentina o la oleada de ocupaciones de fábricas, terrenos y haciendas que se desató con el triunfo de Allende en Chile en 1970 (Etchemendy; Berrotarán, Berrotarán y Pozzi 17–47; Gaudichaud; Cancino Troncoso; Thielemann H., *La rudeza pagana*; Yocelvezky, *La Democracia cristiana chilena y el gobierno de Eduardo Frei*). En ambos países, de la oleada de huelgas de la década de 1960, se pasó a una politización revolucionaria de importantes sectores del movimiento obrero, que protagonizaron el primer lustro de la década siguiente en el Cono Sur.

Si bien la historiografía respecto de ambos países es clara sobre el aumento de las huelgas y ocupaciones, es importante mencionar datos comunes que resaltan. Primero, que en ambos países el uso de la toma del establecimiento, como posición de fuerza en conflictos laborales, se fue extendiendo desde la década de 1960. En Argentina, las huelgas del plan de lucha de la CGT, convocado en 1963 y suspendido en 1965, produjo una oleada de ocupaciones de huelgas que desbordó a la propia dirigencia. Según sus propios datos, los establecimientos productivos ocupados en 1964 fueron once mil, y en las movilizaciones habrían participado unos cuatro millones de trabajadores. Junto a los sectores tradicionales de las bases obreras, como ferroviarios, frigoríficos o la construcción, destacaron los obreros de las fábricas más modernas y estratégicas de la economía argentina, como los obreros textiles y de la metalurgia (García Allegrone et al.; Dawyd, *A 40 años*; Grau et al.). El golpe de estado de 1966 llega también a imponer lo mismo que en 1955: una pacificación por la fuerza de las relaciones laborales puestas en crisis por la movilización obrera.

En Chile, por su parte, si bien no se produjo una reacción militar represiva a través de un golpe de Estado, la movilización huelguista obrera fue aturdida por

las balas del Estado durante toda la segunda mitad de la década de 1960. Sobre todo, luego de 1965, año en que el movimiento obrero desató una ola de huelgas por alzas salariales, explícitamente atacando el límite impuesto a las mismas desde el gobierno de Frei (38,4%) en nombre de los equilibrios económico del país. Esta oleada no se detuvo sino con violencia. Así ocurrió en marzo de 1966, cuando los obreros del cobre fueron baleados por carabineros en el mineral del Salvador, con 8 muertos, luego en 1967, con la represión mortal a la huelga general, y en 1969, con la masacre de Pampa Irigoín, con diez pobladores muertos. Ante la ascendente represión a la huelga obrera, sobre todo luego de 1966 en que el gobierno de Frei Montalva aplicó estados de excepción por varios meses en las regiones obreras, el movimiento obrero masificó la ocupación de fábrica como herramienta de negociación en un proceso de crecientes huelgas, para desde 1969 hacer de la toma de establecimiento y la lucha callejera la principal expresión de la radicalidad obrera. En Chile, el movimiento de huelgas se agudizó en todos los sentidos posibles. Subió el número de obreros que iban a la huelga, y por períodos también más prolongados, con acciones y discursos más radicales. El total de huelgas por año en 1962 llegó a 560 y en 1964 a 1026, a 2464 en 1967 y, aunque en 1968 se observó una baja, esta nunca se redujo a los niveles previos a 1964. Es más, desde 1970 las cifras de huelgas no dejaron de aumentar sino hasta el golpe de estado en 1973. En todo ese período la cantidad de huelgas ilegales superó ampliamente a las legales. Entre 1964 y 1970, solo en 1967 las huelgas ilegales fueron algo menos que el 80% del total de paralizaciones (Díaz Bahamonde et al.). Existen investigaciones clásicas que han sostenido una calma obrera en los últimos tres años del gobierno de Frei, lo cual desmentiría la radicalización clasista de los trabajadores (por ejemplo, Valenzuela), pero a la luz de los datos es evidente lo cuestionable de tal posición. Dicha calma obrera se demuestra solo aparente cuando se atiende, primero, que la relativa baja en la cantidad de huelgas ocurre después que los obreros hicieron caer al ministro del trabajo de Frei M. y detuvieron toda su política (ningún proyecto del Gobierno y relativo al mundo del trabajo se aprobó luego de 1968), y, en segundo lugar, que en esos años se comienza a practicar de forma masiva la más osada forma de protesta obrera: la toma de fábrica. En 1968 Carabineros registró 5 tomas de fábrica, en 1969 fueron 24 y en 1970 la cifra saltó a 133, para continuar creciendo fuertemente en el trienio siguiente (Boron).

El aumento en la osadía obrera, expresada en las ocupaciones y en las huelgas ilegales, solo pudo ser contenida, momentáneamente, por la represión estatal. En Chile, entre 1966 y 1970, la tónica fue el aumento de la violencia, agregando el uso de las Fuerzas Armadas a las labores represivas. En Argentina, por su parte, la represión abierta en la dictadura de Onganía no terminó, y solo

favoreció a aquellos que promovían la construcción de fuerzas armadas propias en la izquierda y en el sector más combativo del peronismo, así como a la radicalización de los grupos no armados. La tensión social abierta en la región con las fracturas de los pactos sociales desarrollistas a mediados de la década de 1960, fue en aumento hasta que el terrorismo de Estado de las dictaduras impuestas en la década de 1970 la resolvió. A su vez, la extensión de la radicalidad formal de las acciones de los trabajadores organizados en demanda del salario y otras mejoras de las condiciones de trabajo, permitió un cuestionamiento más profundo del orden social y de la idea de trabajo en sí mismo, que empalmó con la radicalización militante de la izquierda del período. Visto así, resulta más claro observar las coincidencias de la radicalización obrera en el Cono Sur como elemento componente del denominado “Sesenta y ocho global”.

#### **4. LA RADICALIZACIÓN OBRERA EN EL “SESENTA Y OCHO” EN EL CONO SUR**

Si en el punto anterior se muestra como la bibliografía disponible da cuenta de un ascenso de las movilizaciones obreras en todos los términos posibles (huelgas, masividad, violencia, autonomía, etc.) en la región sur de América, en lo que sigue se hacen síntesis respecto de lo estudiado sobre la radicalización política del movimiento obrero.

La masividad y amplitud social de las revueltas de fines de la década, en un código reivindicativo, con discursividad y liderazgos de tono socialista, y protagonizadas en el centro por estudiantes y obreros, son características comunes a los hechos del “Sesenta y ocho global”. Pero también, debemos ser claros en que no ocurrió algo así como un “mayo del 68” en el Cono Sur.

Es decir, y como se verá a continuación, solo es posible considerar los hechos de fines de los años sesentas y comienzos de los setentas como partes de una revuelta global signada por el rutilante año 1968, si se asume, como tienden a hacerlo las investigaciones más contemporáneas, que dicha conflictividad revoltosa y revolucionaria fue más un período de límites difusos, que un mes y un año en particular. Así, a tono con la historiografía actual relativa al tema, hablamos de un “Sesenta y ocho” en el sur precisamente porque el guarismo es insuficiente y el concepto nos permite ir más allá de solo un año, para poder historizar un proceso al parecer general, más extenso cronológicamente y más amplio geográficamente. Un proceso en que la radicalización política en desafección de las alianzas sociales de Guerra Fría, aparece como elemento común en la diversidad de conflictos de aquellas décadas. Como se ha revisado hasta aquí, el “Sesenta y ocho en el Cono Sur” se corresponde con un período general de movilización obrera y popular, de formas radicales, que representa cambios cualitativos respecto de los objetivos y

tácticas empleados por los movilizados. Estos cambios son visibles en todos los aspectos, como en la estructura de oportunidades en que ocurrió, el salto en los recursos utilizados, y, sobre todo, en el aumento del tono y de la conflictividad de la lucha de clases que abrió.

Luego de las revueltas populares de fines de la década de 1960, en que el movimiento obrero fue el principal protagonista de masas, las salidas políticas que los actores relevantes presentaron ante la crisis del desarrollismo fueron todas ligadas a la violencia, el autoritarismo o, abiertamente, a la revolución socialista. La imposibilidad de actuar legalmente o de golpear unitaria y masivamente sin pagar elevados costos en sangre, situación que contenía al movimiento obrero desde 1966 en Chile y Argentina, fue una invitación a medir sus fuerzas de manera directa, sin límites legales y dentro y fuera de las rejas de las fábricas. Enmarcado así, el movimiento obrero comenzó a contar con la creciente activación popular barrial, debido a los problemas de vivienda y el encarecimiento de la vida producto de la inflación, que los tocaba directamente en la reproducción material de la vida. Los estallidos de 1969 en la región verifican esta nueva situación. En el estallido del “Sesenta y ocho en el Cono Sur”, Los obreros contaron con el apoyo de las familias, los chicos del barrio, los militantes, los estudiantes deseosos de ser parte de la épica obrera, y se convirtieron en detonante y grupo central de una movilización popular amplia, transformando la imagen de su pelea, de una compleja lucha de clases a una diáfana polarización social (Balvé y Balvé). El “Sesenta y ocho” (como concepto y lejos del guarismo) designa también en el Cono Sur una última ofensiva global del movimiento obrero como centro, pero también de una serie de luchas populares contra las injusticias y marginaciones, que daban a entender que el modelo de orden social desarrollista, tal y como se presentaba a fines de la década de 1960, encontraba cada vez menos apoyo tanto en los grupos propietarios como en las direcciones políticas del campo popular organizado.

Como se ha insistido, hay acuerdo en las investigaciones que han tratado el período en específico, respecto del cambio en el tono de la conflictividad obrera y popular luego de las revueltas de 1969. En Argentina, el Cordobazo (y otras asonadas populares locales) legitimó no solo la violencia armada, tema que no vamos a profundizar acá (salvo por la idea de “guerrilla fabril”, como veremos más adelante), sino también la acción de masas en la calle como expresión de una fuerza popular contraria al orden político y económico del país. En Chile, la relativa calma obrera desde 1967 estaba opacada por la creciente movilización estudiantil, de tomas de terrenos urbanos y de todo el continente que fue la lucha campesina en torno a la Reforma Agraria. En 1969, se retomó la movilización obrera y con el triunfo electoral de Allende en 1970, se desataron

las ocupaciones expropiatorias de fábricas. En ambos países la existencia de un movimiento masivo, obrero y de “los pobres del campo y la ciudad”, como los denominó el MIR chileno, fue la nueva situación que marcaría los años siguientes. Entonces, la política formal se vio determinada por la relación entre un movimiento popular, con partidos o fracciones de partidos como cabeza política propia, y distintos grupos, más o menos leales al orden desarrollista, pero con intereses comunes en su oposición a las reivindicaciones explícitas de ese movimiento popular.

Es necesario destacar cómo en la región la movilización obrera se vio amplificada por su relación con las movilizaciones de masas populares. Este movimiento popular como campo referencial de movimientos obreros y otros grupos sociales empobrecidos (Thielemann, *El Movimiento Popular*), se hizo evidente en la relación de los sindicatos clasistas del automóvil en las plantas Concord y Materfer (SITRAC y SITRAM, respectivamente), en la zona metropolitana de Córdoba, con el resto de la militancia radicalizada y la movilización social, luego de las revueltas de 1969 y hasta 1971, cuando comenzó su decadencia. Como han destacado investigadoras como Beatriz y Beba Balvé y Elizabeth Jelin, en el Cordobazo y otras revueltas populares urbanas locales (llamadas “puebladas” por la historiografía especializada), la diversidad de demandas populares había unificado a distintos sectores obreros por la base. En el rosariozo (revuelta de Rosario, mayo de 1969), se movilizaron unitariamente desde obreros ferroviarios a vanguardias de la industria sustitutiva, así como pobladores afectados por las inundaciones y migrantes rurales empobrecidos (Balvé y Balvé; Jelin 424-26). En el caso chileno, el movimiento de pobladores expresó esta ampliación de los frentes de lucha social, en donde el movimiento obrero jugaba de sector más preparado y más organizado. Según Duque y Pastrana entre 1964 y 1969 se registraron 58 ocupaciones masivas de terrenos para vivienda en el Gran Santiago. De aquellas, solo en 1969 se produjeron 34. Desde 1970 a 1973, las investigaciones de Cofré Schmeisser han contabilizado 166 ocupaciones solo en la capital del país (Duque y Pastrana 264; Cofré).

Estas ocupaciones tuvieron por componente mayoritario a las familias de trabajadores urbanos. A su vez, en su organización, hubo un protagonismo importante de los partidos marxistas y de las organizaciones sindicales (Cortés; Araya; Garcés). De esta forma, la toma de terrenos de Pampa Irigoín, ocurrida en marzo de 1969 en el sur del país, cerca de la ciudad de Puerto Montt, y emblemática de inmediato por su masividad, expresó esta nueva conflictividad popular que se referenciaba en el campo rojo de los partidos obreristas. Como se indicó más arriba, ésta toma de terrenos terminó con una masacre de Carabineros sobre los pobladores, que costó 10 muertos en éste último grupo (Vergara).

La brutalidad del Estado y el gobierno de Frei Montalva fue respondida con varios meses de movilización estudiantil, en Santiago y las grandes ciudades, en donde se mezclaba la crítica a la represión con el fin del Servicio Militar y el antiimperialismo. En Chillán, en el sur del país, la movilización nacional estudiantil se mezcló con las demandas locales de los jóvenes de las escuelas agrícolas que buscaban radicalizar la Reforma Agraria en la zona. En Argentina y Chile, el ambiguo concepto de “lo popular” se ancló discursivamente en las clases trabajadoras y los grupos más empobrecidos del período. Y así se referenció para la política de masas de esos años, lo que desdibujaba cualquier idea de lo nacional compartido entre grupos propietarios y subalternos. Esto en sí fue una radicalización del Sesenta y ocho en el Cono Sur. Mientras en Argentina el “Sesenta y ocho en el Cono Sur” tiene por acontecimiento emblemático al Cordobazo, en Chile está marcado por un ciclo delimitado por dos hechos: la masacre de Pampa Irigoín y las protestas que le siguieron en marzo de 1969, y por el triunfo de Allende en septiembre de 1970.

El clasismo, del que se ha hablado bastante en este escrito, provocó además un distanciamiento con un tradicional aliado de las clases populares en el pacto social desarrollista, a saber, las capas medias. De este tema, la historiografía reciente ha avanzado, echando luz sobre campos opacos del conocimiento sobre el pasado reciente en la región. En Argentina, se constata que la exacerbación del interés de los grupos obreros más radicales, así como de los sectores más pobres, fue extrañando a los sectores medios y los pequeños y medianos propietarios de la causa abierta en 1969. Si en mayo en Rosario y Córdoba las capas medias apoyaban la lucha obrera, ya a fines de ese año se mostraban asustadas por el grado alcanzado por la violencia popular (Balvé y Balvé 242). En Chile, los sectores medios ya habían mostrado su miedo al marxismo en 1964, al apoyar a Frei Montalva en la elección polarizada de aquel año (Casals). Pero desde 1970 y en forma creciente, se posicionaron activamente contra las iniciativas promovidas por el gobierno de la Unidad Popular y el movimiento obrero, como la unificación salarial de trabajadores profesionales y obreros, el control del comercio o la reforma educacional. La única excepción la constituyeron los estudiantes, quienes, en mayor parte, aunque no en su totalidad, apoyaron organizadamente al movimiento popular en el Cono Sur (Carassai; Casals). Es posible sostener como hipótesis que la crisis de las capas medias provocada por la polarización que desató el Sesenta y ocho en el Cono Sur, se explica en tanto estos grupos eran realmente los grupos organizados en y para las misiones del Estado desarrollista. El clasismo, a la luz de lo estudiado y de las fuentes disponibles actualmente, debe entenderse no tanto como un momento de militancia absolutamente politizada del movimiento obrero, sino como una politización del interés obrero a partir de su centralidad absoluta en las prácticas de



lucha del movimiento. El clasismo sería, siguiendo a Thompson y Meiksins-Wood, la creciente disposición de los obreros a resolver sus problemas en términos de clase, es decir, como grupo autónomo y con intereses antagónicos a los de las clases propietarias (Thompson 11-61; Meiksins-Wood 90-126). En el Cono Sur, dicha disposición se hizo evidente en las franjas organizadas de los obreros hacia fines de la década de 1960 y con fuerza desde entonces. Aunque vale aclarar que, si en Chile dicha posición se observa mayoritaria entre los obreros en las presidenciales de 1970 (Zeitlin y Petras), en Argentina es difícil estimarlo con similar claridad. De todas formas, para este último caso se reconoce una enorme combatividad abierta en 1974 y que contaba con el respaldo de la mayoría obrera organizada en la CGT, y cuyas raíces sin duda están en el salto realizado en las luchas de 1964 y 1969.

Otros hechos comunes de la radicalización obrera de fines de la década de 1960 en el Cono Sur son las coordinaciones clasistas y el ciclo de ocupaciones de fábricas abierto después de 1972 en Chile y en 1975 en Argentina, pero tratarlas a fondo nos alejan cronológica y metodológicamente del foco centrado en torno al Sesenta y ocho en la región. Pero de todas formas se deben hacer algunos alcances respecto de estas dos prácticas del movimiento obrero, pues solo son entendibles en la nueva situación que se abre en torno a 1969.

Respecto de las ocupaciones de fábrica, en Argentina estos procesos rara vez buscaban modificar el orden de la propiedad. Y aunque las cifras de los años setenta para ocupaciones de establecimientos productivos muestran una masividad de esta práctica sin precedentes globales, rara vez se demandó su expropiación o el control obrero (Jelin). En cambio, en Chile, en donde el campo industrial era de menor tamaño, la ocupación de fábricas fue igual de masiva, pero en el marco de un discurso expropiatorio. A su vez, esta práctica no se detuvo luego desde su masificación a fines de la década anterior, y solo distinguimos dos ciclos por el cambio que significó la ofensiva opositora de octubre de 1972, la cual le dio nuevos sentidos –más radicales– al ciclo de ocupaciones de fábricas ya en marcha. Esta importancia de las ocupaciones y su destino fue tal, que el centro del debate político dentro de la izquierda obrera estaba determinado por el grado de alcance de las expropiaciones: si el socialismo desde el Estado o el control obrero (Zapata, Las relaciones). Esta diferencia es posible explicarla en la importancia para la politización del movimiento obrero que tuvo el ascenso electoral de la izquierda que se referenciaba en las clases trabajadores y populares. La convocatoria a la dirección de la economía, real o demagógica da igual, que realizó la izquierda chilena hacia los obreros antes y después del triunfo de 1970, no fue algo banal, sino que significó toda una serie de conflictos y problemas, pero en un estadio distinto de la discusión estratégica: el rol de los obreros en el socialismo. En Argentina, en cambio, lo más parecido era el triunfo electoral de Perón en 1973, quien para esa fecha estaba a la

derecha de lo que había sido su limitado clasismo en el gobierno hasta 1955. Así y todo, es de consenso en la historiografía que las expectativas generadas por el triunfo de Cámpora y el FREJULI en marzo de 1973 destararon una oleada de “rebeliones fabriles”, las que además, acompañadas de “puebladas”, inundaron el cinturón industrial del gran Buenos Aires, la capital, lugar en donde la burocracia sindical y los sectores moderados de la CGT suponían tener mayor control de las bases. Así, entre junio y septiembre de 1973, el 43% de las huelgas en Argentina ocurrió acompañada de la ocupación del establecimiento (Berrotarán y Pozzi 35). El clasismo obrerista comenzaba a llegar a la capital, de la mano de lo que comprendieron como un “permiso estatal” para hacer avanzar su interés. Pero a pesar de estas ocupaciones, y de la aparición de prácticas decididamente ilegales y violentas en la lucha obrera, los objetivos de las bases obreras rara vez superaban el mero reivindicacionismo. La discusión estaba puesta allí en cómo forzar un nuevo obrerismo de Perón, y no en cómo practicarlo, y la ocupación de fábricas tuvo un rol casi siempre de protesta o de mejorar la posición en la negociación, en donde las vanguardias intentaban promover la estrategia socialista, y a su vez, vencer a las cúpulas sindicales en la disputa por el poder en la CGT. Al igual que en Francia, muchas veces se trató de controlar la fábrica para simplemente aprovechar de ajustar cuentas con el patrón.

Por razones parecidas, las coordinaciones clasistas tuvieron distinta dimensión en cada país en estudio. En Argentina, las denominadas Coordinadoras Interfabriles, surgidas en 1975, significaron espacios de militancia y dirección obrera que mantenían una relativa autonomía respecto de la cúpula sindical, pero que fueron contenidas tanto por la represión como por su aislamiento político. Debido a la descomposición política del peronismo y de la CGT, no supusieron una alternativa en la dirección obrera, sino un reemplazo breve en dicha tarea durante un momento de crisis. De todas formas, sí expresaron la inmovilidad del sindicalismo oficial en esos años, así como un rasgo general a los Sesenta y ochos: el desborde desde las bases (Slatman et al.). En Chile, en cambio, los Cordones Industriales se formaron en 1972 como reacción a la ofensiva de la derecha y grupos propietarios contra el gobierno de Allende ocurrida en octubre de ese año y marcada por lockouts empresariales, sabotaje económico y paros de capas medias. Estos cordones se afianzaron en las principales zonas industriales, dirigiendo fábricas estratégicas y otras movilizaciones populares, como organizaciones de pobladores y sindicatos campesinos. Su existencia produjo conflictos y divisiones sobre la dirección de la lucha social durante el gobierno de Allende, específicamente en el PS, complicaron el funcionamiento de la CUT y en menor medida, enemistaron bases militantes y obreras con la dirección del PC (Zapata, Las relaciones; Gaudichaud).

De esta forma, las coordinaciones clasistas, así como las oleadas de ocupaciones de fábricas, fueron un efecto no inmediato pero cercano en el tiempo de

las revueltas del Sesenta y ocho en el Cono Sur. Su existencia más o menos común en la región, nos permiten destacarlas como consecuencias prácticas del desborde y las prácticas autónomas, las que a su vez fueron de las principales características del acontecimiento tratado. Entonces, y concluyendo este punto, podemos decir que la radicalización del movimiento obrero en el Cono Sur, como forma específica del Sesenta y ocho en la región, se vio reflejada en una movilización compleja, muchas veces desbordante, de orientación clasista y con claros límites.

## 5. CONCLUSIONES

La comprensión de un período de agitación y revuelta popular como el de “los largos sesenta” hace inevitable la ubicación de un centro rector. En el caso de la historiografía actual, esta habla del “Sesenta y ocho global”. Esto choca con buena parte de la comprensión de la historia reciente del continente, en la medida que la presencia rutilante de los presidentes populares, los golpes de estado y las represiones dictatoriales opaca otros vectores determinantes del período, como la movilización politizada de masas. A su vez, la confusión entre la memoria y la historia, hace que esta opacidad se agudice, pues la historicidad presente de la violencia dictatorial resulta ineludible. Así y todo, revisando la historiografía sobre la región Cono Sur del continente permite no solo una revalorización del componente obrero en la crisis del desarrollismo, sino, además, una nueva atención a los años finales de la década de 1960, a su puntual dinámica, y no como mero tránsito entre la “pax desarrollista” y los años turbulentos de su crisis final.

En esa línea, el estudio de la bibliografía disponible nos permite observar que las dos expresiones más evidentes del estancamiento del modelo de industrialización sustitutiva, durante la década de 1960, estuvieron en la inflación y el estancamiento salarial. Ambas expresiones tuvieron una forma de ser asumidas políticamente por las franjas organizadas del movimiento obrero: la huelga salarial irresponsable de los equilibrios macroeconómicos nacionales, y la revuelta callejera masiva contra las alzas de bienes y servicios básicos. Esto, y como se vio, le permitió tanto una politización de la lucha reivindicativa, la que ponía cada vez más en cuestión el rol del Estado ante la sociedad y la economía, así como un ensanchamiento de su base social hacia sectores no asalariados. De esta forma, el movimiento obrero hacía transparente tanto la polarización social de la época como el carácter social del Estado en los capitalismo latinoamericanos de esos años.

Hemos visto como, además, este proceso de radicalización y ascenso en las prácticas de lucha encuentra su año emblemático en 1969. Ese año, el Cordobazo en Argentina, y las sucesivas oleadas de movilizaciones populares iniciadas con la masacre de Pampa Irigoín en Chile, establecen un salto cualitativo en el grado

y discurso del activismo obrero en la región. Desde ese año, ya no se hablará simplemente de salarios o costo de la vida, sino de la organización general de la producción y de los límites de la democracia. El Sesenta y ocho en el Cono Sur, por tanto, encuentra su hito de cambio de fase en el ciclo político en los hechos de 1969.

Por último, y como principal conclusión de este escrito, destacamos que la bibliografía disponible nos muestra suficientes elementos comunes, entre sí y para con otras regiones del mundo que también vivieron revueltas del “Sesenta y ocho global”, como para poder decir que sí hubo un “Sesenta y ocho obrero en el Cono Sur”. Como se indicó más arriba, esto solo es posible si se asume que los hechos de 1968 se refieren a un proceso general de revuelta obrera y estudiantil cuyos límites espaciales y temporales no pueden seguir remitiéndose a un mes, un año y una ciudad en particular, ni siquiera como caso típico. Sólo tiene utilidad el uso del concepto “Sesenta y ocho” si es que se utiliza para observar los movimientos a nivel regional, buscando tanto sus elementos comunes como sus especificidades con igual atención. Esto nos permite, en el fondo, resituar en la historiografía la pregunta por la relación entre los procesos estructurales y su determinación específica en lo local y concreto, en cómo los movimientos obreros actúan ante similares estímulos, en distintos lugares y con diferente historicidad política.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez V., Marco. *La ruta rebelde: historia de la izquierda revolucionaria*. Escaparate, 2014.
- Angell, Alan. *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*. Ediciones Era, 1974.
- Angell, Alan, y Marta Moroni. La clase obrera y la política en Chile. *Desarrollo Económico*, vol. 9, no. 33, 1969, pp. 33-65. <https://doi.org/10.2307/3466094>
- Araya González, Alejandra. “No éramos del MIR los pobladores, nosotros estábamos por una necesidad que era la vivienda”: Los pobladores del campamento Nueva La Habana y el MIR, 1970-1973. *Revista de Historia y Geografía*, no. 36, octubre de 2017, p. 107-39. <https://doi.org/10.29344/07194145.36.337>.
- Balvé, Beatriz S. *Los nucleamientos político-ideológicos de la clase obrera: composición interna y alineamientos sindicales en relación a gobiernos y partidos; Argentina 1955-1974*. CICSO, 1990.
- Balvé, Beba, et al. *Lucha de calles: Lucha de clases; elementos para su análisis, Córdoba 1971-1969*. La Rosa Blindada, 1973.
- Balvé, Beba, y Beatriz S. Balvé. *El 69: huelga política de masas: rosario, cordobazo, rosario*. RyR, 2005.

- Barchiesi, Franco. How Far from Africa's Shore? A Response to Marcel van Der Linden's Map for Global Labor History. *International Labor and Working-Class History*, vol. 82, 2012, pp. 77-84. <https://doi.org/10.1017/S0147547912000403>.
- Berrotarán, Patricia M., y Pablo A. Pozzi. *Estudios inconformistas sobre la clase obrera argentina: 1955-1989*. Ediciones Letra Buena, 1994.
- Boron, Atilio A. Notas sobre las raíces histórico-estructurales de la movilización política en Chile. *Foro Internacional*, vol. 16, no. 1, 1975, pp. 64-121.
- Camarero, Hernán. Claves para la relectura de un clásico. *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI, 2004, pp. 9-44.
- Cancino Troncoso, Hugo. *Chile: La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo 1970-1973*. Aarhus University Press, 1988. <https://doi.org/10.2307/2516639>
- Carassai, Sebastián. *Los años setenta de la gente común la naturalización de la violencia*. 2014.
- Casals Araya, Marcelo. *La creación de la amenaza roja: del surgimiento del anticomunismo en Chile a la «campaña del terror» de 1964*. LOM, 2016. <https://doi.org/10.4067/s0718-09502016000100001>
- Casals Araya, Marcelo. “Estado, Contrarrevolución y Autoritarismo En La Trayectoria Política de La Clase Media Profesional Chilena. De La Oposición a La Unidad Popular Al Fin de Los Colegios Profesionales (1970-1981)”. *Izquierdas*, vol. 44, junio de 2018, pp. 91-113. <https://doi.org/10.2307/j.ctvckq2tn.7>
- Cerda Inostroza, René, y Laura Benedetti Reiman. *Relación Estado y Movimiento Obrero, un quiebre: huelgas, represión y solidaridad obrera en El Salvador 1965-1966*. Universidad de Concepción, 2012.
- Cofré Schmeisser, Boris. El movimiento de pobladores en el Gran Santiago: las tomas de sitios y organizaciones en los campamentos. 1970 - 1973. *Tiempo Histórico*, vol. 2, 2011, pp. 133-57.
- Cortés, Alexis. El movimiento de pobladores chilenos y la población La Victoria: ejemplaridad, movimientos sociales y el derecho a la ciudad. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, vol. 40, no. 119, enero de 2014. <https://doi.org/10.4067/s0250-71612014000100011>
- Dawyd, Darío. A 40 años del Programa del 1o de mayo. La CGT de los argentinos y la ofensiva contra la “Revolución Argentina”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Nouveaux mondes mondes nouveaux - Novo Mundo Mundos Novos - New world New worlds*, julio de 2008. doi:10.4000/nuevomundo.38022.
- Dawyd, Darío. El sindicalismo peronista durante el Onganiato: De la CGT de los Argentinos a la reorganización sindical (1968-1970). *Sociohistórica*, no. 33, abril de 2014. <https://doi.org/10.19137/qs.v18i2.937>



- Díaz Bahamonde, José, et al. *Chile 1810-2010 la república en cifras: historical statistics*. Ediciones UC, 2016.
- Duque, Joaquín, y Ernesto J. Pastrana. *La movilización reivindicativa urbana de los sectores populares en Chile, 1964-1972*. FLACSO, Escuela Latinoamericana de Sociología, 1972. <https://doi.org/10.2307/3539347>
- Edwards, Phil, y Inc ebrary. *More Work! Less Pay! Rebellion and Repression in Italy, 1972-1977*. Manchester University Press, 2010. <https://doi.org/10.7228/manchester/9780719078736.001.0001>
- Etchemendy, Sebastián. Tras las huellas del clasismo: el sindicalismo de base revolucionario en Argentina. *Lucha armada en la Argentina (anuario 2010)*, Ejercitar la Memoria, 2010, pp. 4-17. <https://doi.org/10.3989/asclepio.2016.14>
- Faletto, Enzo. La especificidad del Estado en América Latina. *Revista CEPAL*, vol. 38, agosto de 1989, pp. 69-87. <https://doi.org/10.18356/4a6796bc-es>
- Faletto, Enzo, y Eduardo Ruiz. *Conflicto político y estructura social. Chile, hoy*, Editorial Universitaria, 1970, pp. 213-55.
- Garcés, Mario. *Tomando su sitio: el movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*. LOM Ediciones, 2013.
- García Allegrone, Verónica, et al. *Ocupaciones fabriles: un rastreo de las experiencias históricas*. Aset, 2003.
- Gari, Manuel, et al. *1968, el mundo pudo cambiar de base*. Catarata, 2008.
- Gaudichaud, Franck. *Chile 1970-1973: mil días que estremecieron al mundo: poder popular, cordones industriales y socialismo durante el gobierno de Salvador Allende*. LOM, 2016. <https://doi.org/10.11606/d.8.2015.tde-22102015-113635>
- Gerchunoff, Pablo, y Lucas Llach. *El ciclo de la ilusión y el desencanto un siglo de políticas económicas argentinas*. Emecé, 2010.
- Gordillo, Mónica, et al. *El obrerismo de pasado y presente: Documento para un dossier no publicado sobre SiTraCSiTraM*. Eduvim, 2016.
- Grau, María Isabel, et al. *El Plan de Lucha de la CGT, 1963-1965. Reformulación del sistema de problemas*. Vol. 2, 2005, p. 14.
- James, Daniel. *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Siglo XXI, 2010.
- Jelin, Elizabeth. Conflictos laborales en la Argentina, 1973-1976. *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 40, no. 2, 1978, pp. 421-63. <https://doi.org/10.2307/3539722>
- Kergoat, Jacques. *Bajo los adoquines...la huelga. 1968: el mundo pudo cambiar de base*, Catarata, 2008, pp. 57-103.
- Kornblihtt, Juan, et al. De la caída relativa a la caída absoluta del salario real en la Argentina (1950-2013). *Revista Guillermo de Ockham*, vol. 12, no. 2, diciembre de 2014, p. 41. <https://doi.org/10.21500/22563202.61>



- Linden, Marcel Van Der. The Promise and Challenges of Global Labor History 1. *International Labor and Working-Class History*, vol. 82, pp. 57-76. <https://doi.org/10.1017/S0147547912000270>
- Marchesi, Aldo. Southern Cone Cities as Political Laboratories of the Global Sixties: Montevideo (1962-1968); Santiago de Chile (1969-1973); Buenos Aires (1973-1976). *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y El Caribe*, vol. 28, no. 2, diciembre de 2017. <http://eial.tau.ac.il/index.php/eial/article/view/1520>.
- Meiksins-Wood, Ellen. *Democracia contra capitalismo: la renovación del materialismo histórico*. Siglo XXI - Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2000. <https://doi.org/10.24901/rehs.v35i138.126>
- Modonesi, Massimo. *El principio antagonista: marxismo y acción política*. Itaca - UNAM, 2016.
- Mohandesi, Salar, et al. What was 1968? *Voices of 1968. Documents from the global North*, Pluto Press, 2018, pp. 1-34.
- Olmedo C., Carolina, y Luis Thielemann H. “1988–1968: De la Transición al largo ‘68 en Chile” (Presentación número especial). *Izquierdas*, vol. 44, junio de 2018, pp. 1-2.
- Orellana V., Gilda Paola. Clotario Blest en la CUT: Por una Nueva Cultura Sindical y Política (1953 – 1961). *Tiempo Histórico*, vol. 7, 2013, pp. 29-46.
- Ortega Martínez, Luis. La radicalización de los socialistas de Chile en la década de 1960. *Universum*, vol. 23, no. 2, 2008, pp. 152-64. <https://doi.org/10.4067/s0718-23762008000200009>
- Palieraki, Eugenia. In arms’ way. The 1960s Latin American New Left thinking on war and politics. *Contemporánea*, vol. 8, diciembre de 2017, pp. 73-86.
- Palieraki, Eugenia. *¡La revolución ya viene!: el MIR chileno en los años sesenta*. LOM Ediciones, 2014. <https://doi.org/10.4067/s0717-71942015000100021>.
- Pinto Vallejos, Julio, y Gabriel Salazar Vergara. *Historia contemporánea de Chile*. Vol. III, LOM, 2002.
- Pozzi, Pablo A., y Alejandro Schneider. *Los setentistas, izquierda y clase obrera (1969-1976)*. Editorial Universitaria de Buenos Aires-EUDEBA, 2000.
- Rapoport, Mario. *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*. Emecé, 2012.
- Seidman, Michael, y Miguel Ángel Pérez Pérez. *La revolución imaginaria París 1968: estudiantes y trabajadores en el mayo francés*, Alianza Editorial, 2018.
- Slatman, Melisa, et al. Las Coordinadoras Interfabriles de Capital y Gran Buenos Aires (1975-1976): Un estado del arte. *Theomai*, vol. 19, 2009. <http://revistatheomai.unq.edu.ar/numero19/ArtSlatman.pdf>

- Thielemann H., Luis. El Movimiento Popular y la Historiografía en Chile: Elementos para un balance a 40 años del Golpe de Estado. *Revista de Historia y Geografía*, vol. 29, 2013. <https://doi.org/10.29344/07194145.29.401>
- Thielemann H., Luis. La rudeza pagana: sobre la radicalización del movimiento obrero en los largos sesenta. Chile, 1957 – 1970. *Izquierdas*, vol. 44, junio de 2018, pp. 114-33.
- Thompson, E. P. *Tradición, revuelta y conciencia de clase: estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Crítica, 1989. <https://doi.org/10.15381/is.v14i24.7308>
- Torre, Juan Carlos. *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*. Siglo XXI, 2012.
- Torre, Juan Carlos. *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976*. Centro Editor de América Latina, 1989.
- Valenzuela, Arturo. *El quiebre de la democracia en Chile*. Universidad Diego Portales, 2013.
- Varon, Jeremy, et al. Time is an ocean: the past and future of the Sixties. *The Sixties*, vol. 1, no. 1, junio de 2008, pp. 1-7.
- Vergara, Angela. Revisiting Pampa Irigoien Social Movements, Repression, and Political Culture in 1960s Chile. *Radical History Review*, vol. 2016, no. 124, enero de 2016, pp. 43-54. <https://doi.org/10.1215/01636545-3159951>
- Winn, Peter. El taylorismo y la gran huelga de Yarur de 1962. *Proposiciones*, no. 19, 1990, pp. 202-23.
- Wright, Steve. *Storming Heaven: Class Composition and Struggle in Italian Autonomist Marxism*. Pluto, 2017. <https://doi.org/10.2307/j.ctt18fs7pq>
- Yocelevezky, Ricardo. La Democracia Cristiana chilena. Trayectoria de un proyecto. *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 47, no. 2, 1985, pp. 287-352. doi:10.2307/3540545.
- Yocelevezky, Ricardo. *La Democracia cristiana chilena y el gobierno de Eduardo Frei: 1964-1970*. Universidad autónoma de México, Unidad Xochimilco, 1987. <https://doi.org/10.20937/rica.2019.35.02.11>
- Zapata, Francisco. El Desarrollismo. *Ideología y política en América Latina*, Colegio de Mexico, 1990, vol. 115, pp. 141-56. <https://doi.org/10.2307/j.ctv6mtd89.11>
- Zapata, Francisco. *Las relaciones entre el movimiento obrero y el gobierno de Salvador Allende*. 2.a, Edición corregida y aumentada ed., vol. 4, Colegio de México, 1974. <https://doi.org/10.2307/j.ctv5cg9h6>
- Zeitlin, Maurice, y James Petras. The Working-Class Vote in Chile: Christian Democracy versus Marxism. *The British Journal of Sociology*, vol. 21, no. 1, 1970, pp. 16-29. <https://doi.org/10.2307/588268>